

JOSEP MARIA SUBIRACHS

Crónica de fin de siglo

Convencido de que el arte es un documento de su contemporaneidad me pregunto, al ver la pobreza de muchas de las "obras de arte" valoradas actualmente, cuál será el juicio que merecerán en el futuro. No sería la primera vez que realizaciones reconocidas favorablemente por la crítica han sido posteriormente devaluadas; y otras, menospreciadas en vida de sus autores, han pasado a ocupar definitivamente un primer plano.

Muchas de las esculturas y pinturas actuales, a pesar de tener el apoyo ditirámico de cierta crítica, son un producto endeble, a la vez que pretencioso, produciendo en el espectador una total indiferencia.

Es habitual en el arte actual llamado de vanguardia pasar de la de-

ES HABITUAL

en el arte actual

llamado de vanguardia
pasar de la demagogia
al puro decorativismo

magia al puro decorativismo, aunque estas dos actitudes, por aquello de que los extremos se tocan, son en el fondo lo mismo: falta de creatividad. Y es bien contradictorio que el arte abstracto, nacido con el deseo de limpiar la plástica de literatura, tenga que arrojarse en tanta literatura para disimular su frecuente vacuidad.

Los términos que los comentaristas de arte suelen emplear más a menudo en sus apologías son: experimentación, investigación, búsqueda o innovación. En realidad, lo que se logra con tanta pretendida investigación no es más que formas y texturas sin contenido, fruto del azar y la improvisación. En cuando a la innovación, ésta es más bien escasa, ya que precisamente muchas de las obras llamadas vanguardistas



resultan ser el arte "pompiere" de nuestra época.

Ciertos críticos, para demostrar que ellos sí que saben, nos explican con insistencia lo que estos pretendidos artistas son incapaces de comunicarnos, por la sencilla razón de que sus obras no tienen nada que decir. ¿Qué mensaje trascendente nos puede transmitir un amontonamiento de hierros, de muebles viejos o la salpicadura de pintura en una tela? ¿Qué enriquecimiento mental nos pueden proporcionar los "garabatos y moni-

gotes que se ven en las exposiciones", como decía Nabokov?

Estos pedantes intelectuales se preocupan, utilizando una retórica redundante hasta la cursilería, de instruirnos sobre el sentido profundo de los chistes de la poesía visual, las ocurrencias del arte conceptual o el fondo filosófico de la música aleatoria, la electroacústica o del minimal "art". Además, estos apóstoles de la nada se autoerigen en propagadores de la verdad, en dictadores absolutos, en jueces severos, organizando autos de fe, procesos y procesiones, anatemas y rosarios de desagravios, condenando, a veces con la pena capital, a los culpables de desviacionismo.

Reconociendo que somos hijos de la época de los "ismos", sería injusto juzgar negativos sus esfuerzos y logros, pero es absurdo por otra parte considerar geniales y revolucionarias las obras que insisten en un lenguaje fácil, aburrido y pretencioso cuyos autores, mediocres continuadores de las vanguardias de la primera mitad de siglo, dedican la mayor parte de su labor al marketing.

Prever hoy el definitivo desmascaramiento de los "sastres del emperador" no es tarea fácil. En una época en la que se procura hacer el mínimo esfuerzo posible (donde todo el mundo se atreve a "diseñar", pero bien pocos saben realizar algo), estos productos, por fáciles, tienden a hacerse crónicos y además, por su oquedad, permiten a sus apologistas demostrar su "sabiduría" por encima de las gentes de a pie. De todas maneras, muros más infranqueables hemos visto caer en los últimos tiempos. Sería bien triste que con

tantos artículos, comentarios, catálogos, opúsculos y libros se lograra coaccionar la historia llegando mañana al convencimiento de que el garabato y la chatarra eran la metáfora sublime de nuestros problemas existenciales o de nuestras necesidades metafísicas.

Espero que esto sea sólo una pesadilla pasajera y confío en que el futuro juzgue con justicia qué obras son las que merecen ser las representantes de nuestra contemporaneidad. ●